

mi abuelo al menos no le perdona-
ron. ¿Conoce usted el término
«represión franquista»? Si quiere le
recomiendo unos cuantos libros.
Pero ya ve que no entro en detalles
del pasado, porque vivo en el pre-
sente y prefiero no acordarme, pero
tampoco olvidarlo. Usted se dirá:
¿qué sabrá éste si no lo vivió?, pero
me ha interesado siempre este capí-
tulo negro de la historia de España y
estoy en disposición de hablar de
ello.

Para terminar, dejen de atormen-
tar a las mujeres que practican el
aborto porque desconocemos su
situación. Lo que hay que hacer es
estar a su lado porque estoy seguro
que ninguna lo hace por gusto. Se
merecen el máximo cariño. **Oscar
Caso Roiz**

El Berrón (Siero)

Cuca y Trevijano

Al comenzar su conferencia
recientemente celebrada en Gijón,
Antonio García-Trevijano se refirió
a un hecho histórico sucedido en
Asturias. Con motivo de las huelgas
de primeros de los años sesenta,
varias mujeres de mineros, tras ser
detenidas, fueron humilladas y vio-
lentas, suministrándoles a la fuer-
za aceite de ricino y tonsurando sus
cabezas (que dijo el conferenciante),
es decir, cortándoles el pelo al cero,
para pública burla y escarnio. Eran
tiempos del régimen de Franco y de
don Manuel Fraga Iribarne forman-
do parte de su Gobierno, como
ministro de la Gobernación. Ante las
protestas que se suscitaron por actos
tan vejatorios, el inefable Fraga, con
su personal estilo, se manifestó iró-
nicamente, sorprendiéndose de que

se armara revuelo por lo que «al fin
y al cabo, no deja de ser una simple
tomadura de pelo».

Por aquel atentado contra la dig-
nidad de las personas, en este caso
mujeres, que forma parte minúscula
del abultado currículum del hoy
«virrey de Galicia» (como lo califi-
có Trevijano), creyó oportuno el
conferenciante iniciar su acto públi-
co con un desagravio a la mujer
asturiana. Sin embargo, una que
(como yo) allí estaba, le pareció
muy graciosa la cosa, al igual que el
resto de lo que allí se escuchó, pues
como «comedia» lo ha descrito.
Además, a la señora Cuca Alonso
(como se apoda la cronista), no le
parece aún a estas alturas muy claro
que aquel acto vergonzoso y el pos-
terior y despreciable comentario del
Ministro franquista supusieran una
afrenta para las mujeres asturianas,
atentando a su «honor, que por lo
visto, nos había quitado», como tex-
tualmente escribe refiriéndose a
Fraga.

Pues bien, yo (que aún no había
nacido cuando tales cosas pasaron)
me sentí en el momento de oírlo,
entre más de 300 personas, igual
que un estropajo. No hay más que
ver a doña Cuca, con su pose de
Pitita Ridruejo versión gijonesa,
para saber que su espléndida cabe-
llera siempre estuvo gloriosa cara al
sol, sin rapado «skin-head» anticipa-
do a su época. Ni que tampoco
necesitó de aperitivo vomitivo algu-
no en su vida para que le entrara la
gana de comer, pues su estómago
siempre estuvo muy satisfecho. No
como el mío, hecho polvo tras leer
sus veleidades fascistillas de mesa
camilla.

Ana Ucha Guerrero
Gijón